

CESEDEN

LA INCIDENCIA DEL ORDENADOR EN LA POLITICA
Y EN LA ESTRATEGIA

"La Crisis Actual del Pensamiento Militar"

- Por el Capitán de Corbeta -
Fernando DE BORDEJE MORENOS

(De la Revista General de Marina,
noviembre de 1973)

En el cuarto de siglo que va a terminar, la influencia de los elementos civiles de formación universitaria sobre los problemas de la defensa de las grandes potencias occidentales ha sido, en general, espectacular, pues fueron ellos quien a través de los poderosos institutos de estudios estratégicos, elaboraron las doctrinas que penetraron rápidamente en los altos niveles, incluidos los militares.

A ellos se debe la creación de la doctrina Truman y hasta la decisión de sustituir una estrategia de represalias masivas, ideada por otro civil, Foster Dulles, por la respuesta flexible, y también quienes hicieron nacer teorías como la de la escalada. Asimismo, formularon conceptos cuales los de la pausa, la destrucción asegurada o la respuesta realista, propugnando igualmente por medio de modelos, como Tacspiel, Agile o Nemo, las tácticas de la guerra terrestre, antiinsurreccionales o los efectos y fases de una posible guerra termonuclear. En fin de ese mismo origen proviene la planificación y conducción de las operaciones en el Vietnam.

En resumen, todas cuantas iniciativas reforzaron el control del poder político fueron tácitamente impuestas por una elite universitaria, sin que en ningún caso hubiera testimonio de la supremacía de los jefes de Estado Mayor occidentales. Todos los acontecimientos de estos treinta años aportan argumentos, si no pruebas, para apreciar que todo ha sido determinado por la acción recíproca de la técnica y de la política, sin que en ningún caso la iniciativa haya pertenecido a los militares.

Pero para comprender cómo en la elaboración de las doctrinas estratégicas actuales se ha llegado a la presente situación y por qué nos interesa e incluso afectarnos, sin tener en cuenta el color del uniforme, a todos nosotros, es necesario hacer una serie de consideraciones que nos permitan conocer cómo en el fondo la automatización ha sido en el campo de la estrategia

y de la política la responsable de la transformación de ideas y conceptos — que hasta ahora habían sido tenidos como inmutables y permanentes.

Puede asegurarse que la incidencia del ordenador en las comunicaciones ha sido una de las facetas más importantes, por no decir la más fundamental, aparecidas en el ámbito estratégico, al permitir concentrar — las en los más altos niveles nacionales.

Actualmente, la tecnología ha conseguido no solamente que la información sea instantánea, sino pletórica. Trasladémonos a los Estados Unidos, como lo podríamos hacer igualmente a Rusia y apreciaremos que cada arma posee su propio servicio de Inteligencia. Añadamos a ellos los — del Departamento de Estado, del de Hacienda, de la Oficina de Narcóticos, con los del FBI, la CIA, la NASA, etc., y nos daremos cuenta de que esa — túpida red que cubre al mundo sumerge cada mañana a Washington en una masa de informaciones, cuyo tratamiento no solamente sería imposible sin la ayuda del ordenador, sino también su presentación, en el escaso tiempo de que en la mayoría de los casos se dispone para tomar una decisión.

Cada hora, el presidente norteamericano o la troika soviética — reciben un detallado informe sobre cada acontecimiento importante que acaba de producirse en no importa qué parte del Globo. Gracias a eso, los dirigentes de las grandes potencias pueden conocer cualquier tema más profundamente que ningún otro, incluidos sus propios embajadores y hasta sus propios comandantes de las fuerzas armadas que se encuentran en el terreno de los hechos.

El resultado de este estado de cosas ha sido que las consideraciones tácticas han cedido, poco a poco, el paso a las consideraciones estratégicas. Por ejemplo: un raid aéreo sobre Hanoi, en la guerra que acaba de terminar y que para el jefe de las fuerzas norteamericanas en Saigón significaba una misión más de guerra, encuadrada en el estricto marco del desarrollo de las operaciones, se transformaba para la Casa Blanca en algo más decisivo. Aquí, en aquel momento, se conocían las repercusiones — que dicho bombardeo podía tener entre los norvietnamitas partidarios de — continuar la lucha a ultranza y los que recomendaban una paz negociada. Se sabía cómo podía pesar en las decisiones soviéticas de ayuda, es decir, en la clase, calidad y cantidad de armas a suministrar a Hanoi; en cómo podía intervenir en los cálculos de Pekín, tanto para conocer la agresividad de — los Estados Unidos hacia China como para influenciar a Maõ en su política asiática; en fin, podía saberse si tal hecho reactivaría los movimientos de protesta mundiales y hasta en cómo afectaría al Gobierno inglés en su apoyo u — oposición a dicha guerra.

Antes, acontecimientos semejantes al del bombardeo de Hanoi no entrañaban las mismas consecuencias político-estratégicas, puesto que podían ser minimizadas, al presentarlas como iniciativas de los jefes locales. Fue el caso del cañoneo de los pesqueros ingleses en el mar del Norte efectuado por la flota rusa del Báltico, en marcha hacia el Extremo Oriente, durante la guerra ruso-japonesa de 1905, flota que posteriormente fue destrozada por Togo en Tsushima.

Hoy, tal realidad ya no es posible, pues cada campo sabe que el otro, en sus más altos niveles, conoce con detalle las acciones militares que se efectúan, incluso las secundarias y por tanto, debe sopesar sus consecuencias, lo que significa que cada adversario está obligado a asumir la responsabilidad de los efectos directos e indirectos que sus decisiones han provocado. Entre tantos ejemplos como existen, nos limitaremos a citar los relativos al incidente del U-2 en 1960, al desembarco en la Bahía de los Cochinos en 1961 o los choques fronterizos en el Amur en 1969, unos y otros presentados en su tiempo como fruto de una iniciativa local o no controlada pero de los que, al final, no han tenido más remedio que responsabilizarse los centros de decisión de Washington, Moscú y Pekín.

Como vemos, la nueva consecuencia de todo ello ha sido la imperiosa necesidad de centralizar la decisión que el ordenador favorece y que, incluso, en el campo táctico ha llegado a ser políticamente necesaria.

Mas si, cual acabamos de advertir, las implicaciones de toda acción militar alcanzan en nuestros días al campo político, la nueva consecuencia que podemos también deducir es la de que el poder civil ha terminado por imponerse y los comandantes de fuerzas militares, por muy alto grado que tengan, sólo están autorizados a asumir decisiones aisladas y menores.

Ante eso, la pregunta que inmediatamente surge es si ese paso del militar a segunda división, iniciado en la segunda guerra mundial, y que hoy todos acusamos, ha sido y sigue siendo bueno y deseable en un mundo tan complejo y conflictivo como el nuestro, en el que las relaciones internacionales y las crisis se desarrollan sometidas a los imperativos de la estrategia de la disuasión y de la acción.

Para meditar sobre ello, ningún mejor ejemplo que estudiar el caso de la guerra de Vietnam, todavía caliente, cuyas repercusiones son imposibles todavía de vaticinar.

En el mundo actual, sin distancias, gracias a una tecnología que ha revolucionado el factor tiempo/espacio, y ha dado a las armas unos alcances planetarios, los problemas internacionales exigen una continua apreciación de la situación, definir claramente a los intereses en juego, formular los objetivos con precisión y principalmente, tener en cuenta la capacidad económica nacional con el coste probable de un conflicto, única forma de obtener en función de los recursos disponibles el máximo rendimiento en el plano militar. Pero, por mucho que hoy se diga, esa apreciación realista no puede garantizarse si entre el poder civil y el militar no existen unas relaciones cordiales que les lleve a cooperar lealmente y si la laxitud y la desilusión aparecen en aquellos que deben conducir las operaciones.

Por su formación profesional, el punto de vista del militar tiene una gran importancia y deben ser escuchados por todo el mundo y en el caso americano quizá más, por ser el presidente el comandante supremo de las fuerzas armadas.

Respondiendo a tal fin, fue creado en los Estados Unidos el Consejo Nacional de Seguridad en el cual los militares tenían un gran peso específico, órgano sobre el cual debió descansar la estrategia americana en el Vietnam y que no solamente no pudo rendir, sino que muy pronto se encontró falto de contenido. Ello fue debido a los personalísimos métodos de trabajo de los tres últimos presidentes, que tomaron sus decisiones sin haberlo reunido ni consultado.

La singular mentalidad de los tres presidentes; la personalidad de Mac Namara, el discutido secretario de la Defensa que se fijó como objetivos tanto la eliminación del particularismo de las diversas armas como la de reafirmar el principio del control civil sobre el militar; la influencia de los consejeros presidenciales y de los especialistas de management, con la de los analistas encargados de planear las operaciones, en función de su rentabilidad, así como la pasividad de los jefes militares, condujeron a esa retirada, en cierto modo vergonzosa, a que en estos días estamos asistiendo y ello ha provenido en gran parte de que los mencionados presidentes su bestimaron la experiencia y los conocimientos de los jefes de Estado Mayor y la evaluación de las necesidades de la defensa no dependieron ya del juicio de ellos, sino de consideraciones políticas y de gestión. Como inmediata consecuencia, los Estados Unidos no supieron jamás precisar el coste y la estrategia adecuada para conseguir una victoria en el Vietnam.

Pero lo curioso del caso es que, como acaba de descubrir Hanson W. Baldwin, el prestigioso especialista en cuestiones militares del New

York Times, cuando en 1965 se iniciaron los combates a fondo, los Jefes de Estado Mayor del Ejército y la Marina estimaban que la victoria requeriría de 500.000 a 800.000 hombres y varios años de esfuerzo. Como afirma el comentarista "es difícil concebir que el presidente no recibiera tales cifras y estimaciones y, si las recibió, parece inconcebible pensar que un Kennedy o un Johnson pudieran creer que los intereses de los Estados Unidos en el sudeste asiático valían tal precio, error que se dobló casi inmediatamente durante el verano de ese mismo año, cuando Johnson anunció el envío masivo de unidades al Vietnam sin que fueran movilizadas las fuerzas de reserva".

A partir de allí se instauró la conocida política de turnos, es decir, la de las rotaciones de las tropas combatientes, cada nueve meses, entre las disponibles en Europa y otros lugares de Asia.

Fueron evidentemente tropas regulares las que sufrieron los primeros envites, iniciándose, a partir de allí, una intervención lenta y gradual que, en todos los casos daba al enemigo la pausa suficiente para reorganizarse, obtener ayuda y contrarrestar fácilmente los éxitos norteamericanos. Eso condujo, por otro lado, a que no existiera en el futuro ninguna división con un nivel satisfactorio de adiestramiento y de moral de combate. Tal fue el caso del VII Ejército, estacionado en Alemania, modelo hasta hace poco en el escalón NATO y mundial, que ha perdido mucha de su eficacia desde que comenzaron sus rotaciones en Vietnam.

Pero lo notable es observar que los militares habían previsto la movilización y hasta la habían preparado. Una vez más, es difícil admitir que la Casa Blanca no acertase a ver las repercusiones y condicionamientos que iban a pesar sobre la estrategia norteamericana, por no aplicar toda la potencia militar de manera inmediata y enérgica.

Añadamos a ello que los mandos militares que habían estudiado las enseñanzas francesas en la guerra de Indochina habían preconizado desde 1964 la aplicación de una estrategia antiinsurreccional, de acuerdo con el tipo de conflicto que allí existía y un proceso de vietnamización de la guerra. Pero los técnicos de la planificación de la defensa, conocidos como los "niños prodigio", aconsejaron aplicar una estrategia de tipo clásico, cuyo fracaso se puso de manifiesto en la ofensiva norvietnamita del Tet, en 1968, — época tardía para enmendar tales errores.

Hoy se piensa que durante este período, que es cuando los mandos militares norteamericanos experimentaron lo que luego se conocería co

mo complejo de frustración, los jefes de Estado Mayor no asumían más — que responsabilidades muy limitadas y sus consejos no tenían influencia alguna en las decisiones del Ejecutivo. Mas como vamos a intentar explicar — lo, ese paso a segundo plano fue quizá también culpa de los propios milita- res.

En primer lugar, las controversias y la rivalidad entre las di- versas armas se convirtieron en el rasgo permanente de la situación en que se hallaron las fuerzas armadas después de la segunda guerra mundial, ri- validad que llevo a formar parte de la estructura misma del Departamento- de Defensa , sin que sobre ella influyeran los cambios políticos o de la es- trategia militar. Pero lo que interesa destacar es que esos conflictos se — transformaron en una cuestión clave para la conservación y preponderancia del control civil, al ser éste, con frecuencia, un árbitro en lugar de un opo- sitor, brindándole además una palanca para acusar las deficiencias de la or- ganización militar.

Por otro lado, si se repasa la biografía de los jefes de Estado- Mayor americanos durante el conflicto de Vietnam, nos encontraremos con hombres sin impacto en la opinión pública y muy lejos de aquellas figuras- que se llamaron Nimitz, Mac Arthur, Halsey, Patton o Marshall.

Su dilema era el de encontrarse entre su deber de obedecer las órdenes de un presidente y sus responsabilidades hacia el Congreso, repre- sentante del pueblo americano, claramente definidas en la Constitución del Estado de la Unión.

Pero entre 1961 y 1971, la concentración del poder político, eje- cutivo y de decisión en las manos de unos pocos, condujo al Congreso a un cierto oscurecimiento en los problemas de defensa , lo que contribuyó, - junto con los otros factores, a debilitar la importancia del apoyo militar an- te el mismo Congreso y, por lo mismo, a conducirles a una completa sumi- sión al poder ejecutivo.

Añadamos a todo eso la proliferación de agencias, comisiones- y de una compleja burocracia, cuyo poder de decisión se extendia hasta al- canzar a los mandos subalternos, para comprobar que al presidente no le preocupara demasiado la calidad de los jefes de Estado Mayor y, como re- sultado, que jamás existiera el estrecho contacto entre aquél y sus jefes mi- litares, tal como lo hubo en tiempos de Roosevelt, Truman o Eisenhower.

Según lo publicado recientemente, el presidente de la junta de jefes de Estado Mayor fue el único que pudo ver al presidente, a intervalos regulares, pero raramente sólo. En cuanto a los jefes de Estado Mayor del Ejército, de la Marina y del Aire, así como el de los marines, prácticamente no lo vieron durante la época de intervención más intensa de las unidades terrestres y de los primeros bombardeos del Norte.

No puede, pues, extrañarnos los resultados que hoy presentamos, a los que ha llevado una tan desastrosa conducción estratégica y existen grandes sectores responsables que convienen que esa eliminación casi total de controles y contrapesos militares, unido al declive del Congreso bajo unos presidentes partidarios de una presidencia autoritaria y fuerte, ofrece graves peligros para el porvenir. Nixon parece haber enmendado, en parte, la situación, pero la centralización del poder en la Casa Blanca y la influencia de sus asesores civiles continúan fuertemente todavía.

Lo grave de tan delicado asunto es que la centralización del poder de decisión ha llevado a los Estados Unidos, como en cierto modo a Francia, que es la que más conocemos, a un sistema que incapacita a la Casa Blanca o al Eliseo para delegar su autoridad y asimismo, a una marcada tendencia a ordenar todo lo que deben hacer sus subordinados, comprometiendo, como en el repetido caso del Vietnam, la eficacia de las operaciones. Washington acabó por enlazar con simples comandantes de unidades, cual fue el caso del destructor Maddox cuando fue atacado por lanchas norvietnamitas y según su propio comandante ha dicho, no sabía si atender al teletipo o al radar. En cuanto a los bombardeos sobre el Norte, sus operaciones fueron conducidas desde la metrópoli o desde Hawai, decidiéndose a miles de Kilómetros los objetivos a atacar, el número de salidas y hasta el armamento a emplear, siendo doloroso oír decir al general Bruce K. Holloway, jefe del Mando Aéreo Estratégico, refiriéndose a la actuación de los B-52 en el Vietnam, que no es esa la mejor forma de hacer uso del poder aéreo estratégico, añadiendo a continuación que con respecto a las consideraciones estrictamente militares, ninguno de los militares con los que he hablado acerca de esa guerra la hubiera conducido de esa manera.

Pero volviendo al tema central de estas consideraciones, el proceso que ha convertido a los problemas tácticos en estratégicos, y a éstos en políticos, no se detiene ahí, porque, por extraño que parezca, existe hoy una reciprocidad de efectos que hace que todos los campos se fundan en uno sólo, siendo acaso esto uno de los fenómenos más revolucionarios originados en lo que podríamos llamar guerra "programada".

La guerra de los Seis Días, en 1967, lo demuestra claramente. Desde su comienzo, el Presidente Johnson instaló su centro de decisión en la Casa Blanca, guiando con una mano a la VI Flota y poniendo la otra sobre el teléfono rojo. La relación entre ambas manos, la militar y la política, - apareció cuando los israelíes atacaron al navío de reconocimiento Liberty, pues el provocar la intervención de los aparatos de los portaaviones de la VI Flota, Moscú, que analizaba, a su vez, cada sombra aparecida en sus radares, podía interpretar el cambio de derrota de los aviones y su convergencia, como preludio de un acto hostil contra sus barcos, que se encontraban en las inmediaciones. La mano derecha intervino y Washington pudo explicar inmediatamente las razones de esa operación, decidida por la izquierda, tranquilizando al Kremlin.

De ello se deduce que la guerra ha terminado por fundir el arte militar, al diplomático y al político en uno sólo, que engloba a todos, y el general, el diplomático y el estadista, que hasta hace poco empleaban instrumentos diferentes y ejercían profesiones diversas, han pasado a la historia. La guerra programada no ha eliminado al hombre; lo único que ha hecho fue eliminar a los modos políticos y diplomáticos en el sentido tradicional que hasta ayer tenían.

Por tanto, al existir la mencionada reciprocidad, es decir, esa súbita transformación de los problemas militares en políticos, y éstos resueltos por presiones o empleo de la fuerza, cabe preguntarse si la conocida frase de Clausewitz "la guerra es la continuación de la política por otros medios" no ha quedado desfasada en la era de la disuasión.

Pero hay todavía otra faceta que señalar, porque, en realidad, - ese proceso de conversión se aplica más al tipo de autoridad que a los problemas, los cuales continúan teniendo un origen político, militar o diplomático. Por paradójico que parezca, es la autoridad política la que ha sido convertida en autoridad militar, al transformarse, cual hemos visto, todo asunto de naturaleza esencialmente militar en político.

Lo inquietante de este panorama, en el que el militar es mero observador, es que en el futuro esa conversión tendrá tendencia a operarse - en sentido inverso, es decir, a que todo el sistema conduzca a aplicar una respuesta militar a una situación política dada. Es el caso de la ocupación de Checoslovaquia, en 1968, por las fuerzas del Pacto de Varsovia o la acción de la India aprovechando las perturbaciones internas acaecidas en la hoy Bangla Desh.

Junto al militar, la diplomacia tradicional ha sido otra de las grandes víctimas de la guerra "programada". Su declive empezó al terminar la segunda guerra mundial, con el advenimiento del Software y su introducción en el campo de la política y de la estrategia, pues hizo aparecer una nueva especie, que es la de los analistas, que han llegado a convertirse en los superteóricos de las relaciones internacionales.

Hasta entonces, la diplomacia no tenía por qué saber gran cosa de la complejidad de la guerra, de los ejércitos y de las armas, puesto que el potencial militar era, en cierto modo, secundario y se estimaba que sólo podía intervenir si lo demás fallaba.

La guerra nuclear ha cambiado todo eso. Cuando un pequeño número de misiles puede aniquilar en unos instantes todas las fuentes de vida de nuestro globo, el que quiera ocuparse de relaciones internacionales está obligado a conocer los secretos y posibilidades del armamento mundial moderno.

Es preciso saber las características y poder de las últimas cabezas nucleares; la naturaleza de los vectores de lanzamiento con sus alcances, número y despliegue; los efectos y víctimas del primero y del segundo "strike", más la selección de los objetivos; los tiempos disponibles de alerta, condiciones para desencadenar el ataque preventivo o la represalia, etc. En una palabra, todo lo que, traducido al lenguaje corriente, comprende y se encuentra en la disuasión.

El grave problema es que, por culpa de esta automatización, toda esa información se halla en manos de ciertos privilegiados, así como de ciertas agencias de Inteligencia y de determinados institutos de investigación estratégica, donde un reducido número de personas analizan en sus calculadores, con datos que poseen, todas las variantes posibles e imaginables de la guerra, según modelos establecidos por la Teoría de los Juegos. Informaciones y búsquedas que prácticamente están fuera del alcance de los diplomáticos y de nosotros, los militares.

Como se ve, no deja de ser paradójico comprobar que unos y otros estamos monopolizados por aquellos que tienen acceso a los secretos militares y pueden analizarlos y efectuar estimaciones, siendo, por tanto, capaces más que ningunos otros, de comprender la guerra moderna.

Entre tantos centros especializados, podemos citar en los Estados Unidos, entre otros, a los siguientes: la Rand Corporation, que dispone

de expertos como Herbert Goldhamer, M.G. Weiner, Frederick Sallagan o Rheinhard; el Hudson Institute, dirigido por el eminente estratega y futurista Herman Khan, padre de la teoría de la escalada; el prestigioso Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Georgetown, con el célebre especialista en temas soviéticos Robert D. Crane; el Massachusetts Institute, con el también especialista en prospectiva política Lincoln Bloomfield o, en fin, el Harvard Centre for International Affairs, con Thomas C. Schelling, otro de los grandes teóricos del pensamiento estratégico norteamericano.

En cuanto al Reino Unido, no se puede olvidar a sir Solly Zuckerman, el gran consejero científico de la Defensa; a la Universidad de Edimburgo, donde se han desarrollado tantos supuestos estratégicos, como el Conex, sobre crisis en el Oriente Medio o el mundialmente famoso instituto de Estudios Estratégicos de Londres, con su genial Alastair Buchan. Por último, en Francia existe el Centre de Prospective et d'évaluations, el Instituto de Polemología, con Gaston Bouthoul, aparte de ciertas cátedras, cual la de la Facultad de Derecho de Dijon.

A pesar de todo eso, el Vietnam ha demostrado cumplidamente que una gestión automatizada y una doctrina militar elaborada por analistas no militares no pueden prejuzgar ni el feliz desarrollo de las operaciones ni alcanzar objetivos políticos y estratégicos definidos.

Una de las graves cuestiones de nuestros días es que, desde los años cincuenta, las doctrinas militares han sido elaboradas en dichos laboratorios a base de juegos de la guerra, con lo que se pretendía analizar las grandes incógnitas que la Disuasión encierra y su secuela inmediata, la guerra termonuclear.

Como muestra de lo que en ese campo se demandaron a los referidos "juegos", puede presentarse la siguiente relación de los problemas cuya resolución se les exigió:

- Descubrir políticas inéditas, adaptadas a las nuevas situaciones creadas en las relaciones internacionales por la Disuasión.

- Revelar el Imprevisto y la posible interacción de dos estrategias en conflicto.

- Hacer aparecer nuevas hipótesis sobre las que se fundan las crisis y las decisiones a tomar en ésta para conducir su maniobra.

- Evaluar la validez y la viabilidad de las diversas políticas — que, en caso de crisis internacional, son susceptibles de aplicarse.

- Determinar las probables reacciones de otros actores ante las iniciativas políticas y militares de los supergrandes, etc.

Se comprenderá que la sola enunciación de tales objetivos, que, repetimos, no fueron únicos supuso un excesivo optimismo, principalmente si se pensaba que una simple máquina, por muy perfecta y complicada que fuera, iba a ser capaz por sí sola de resolverlos cómoda y fielmente.

La aparición del ordenador obnubiló a todo el mundo y lo sigue obnubilando, por no darse cuenta de que la Disuasión es mucho más compleja que la máquina y, por ello mismo, que la intervención humana era y es imposible de suplantar.

Si a primera vista parecía que la guerra nuclear era la guerra "aprieta-botones", altamente automatizada, la realidad ha demostrado que el elemento humano juega forzosamente un gran papel en el proceso de decisión — conducción de las operaciones, no obstante lo mucho que se trabajó para reemplazar en todos los escalones a las personas por los calculadores electrónicos.

Si todo el mundo se manifiesta unánime en la necesidad de acudir a ellos para el estudio de investigación de armamentos, análisis de costes y eficacias o los problemas tácticos a nivel de conducción de fuerzas, a cambio, los analistas de los asuntos de la defensa se muestran divididos sobre su efectivo valor para resolver las grandes dificultades de nuestro tiempo.

El fondo de la cuestión radica en que si los elementos medibles del Arte de la Guerra son fáciles de programar, la dificultad aparece cuando se quiere trasladar a cifras los valores morales o psicológicos, como la experiencia, el buen juicio y el valor o las variables políticas tales como la fuerza de una ideología, la capacidad de un aliado o la fidelidad de unos pueblos.

Pero hoy que conocemos ciertas equivocaciones de la política exterior y de la estrategia de muchos países u organizaciones occidentales, han salido a la luz los principales defectos que esos "juegos" poseen, los cuales han dictado, sin embargo las concepciones estratégicas del mundo libre y modelado su pensamiento militar. Entre tales errores se pueden citar los siguientes:

En primer lugar, todos ellos se basan en una información muy-completa, suministrada por los diversos Servicios de Inteligencia y la historia de estos últimos años nos ha patentizado cómo tales informaciones pueden estar repletos de falsedades y contradicciones. Es lo ocurrido en el desembarco en la Bahía de los Cochinos, fracaso debido a la CIA, por desconocer el real escendiente de Castro y la cohesión popular entonces existente en Cuba. Es igualmente el error de apreciación de los Servicios de Inteligencia, que podríamos llamar particulares de Foster Dulles, sobre las posibilidades y decisión soviética de financiar la presa de Assuam, que, por ser desestimadas, han llevado hoy a los rusos a implantarse sólidamente en el Oriente Medio. Es, en fin, la subvaloración de la personalidad del general De Gaulle y sus intenciones, que originaron una grave crisis en la OTAN, de la que todavía no ha salido.

Como se sabe, otro de los fundamentos de esos juegos es el de buscar escenarios proyectados sobre conflictos futuros, pero olvidándose de que se juega con las mentalidades y las reacciones de los dirigentes del momento. Así, todos los planteamientos verificados en los tiempos de Kruschef, sobre hipotéticos conflictos con Rusia, tenían que basarse en las decisiones que tomaría dicho dirigente, porque era imposible conocer tanto la época de su caída como a su sucesor. Hoy aparece claro que cuando surgió la crisis de la primavera de Praga, jamás un Kruschef hubiera reaccionado como Brejnev, pues éste, con su Teoría de la Soberanía Limitada, creó ante Occidente una justificación, en cierto modo jurídica, que, entre otras cosas, le paralizó.

A este respecto, podríamos añadir la dificultad en que siguen encontrándose los jugadores occidentales para encarnar a los dirigentes soviéticos o chinos, puesto que no hay mentalidades tan opuestas como las de unos y otros. Es, en cierta manera, como si a alguno de nosotros se nos dijera que en tal "juego" debíamos pensar en árabe, aunque, a fin de cuentas, poseamos con ellos ciertas afinidades.

Otro grave defecto es la tendencia a olvidar sistemáticamente los imperativos de la política interior, especialmente en los países demócratas. Hasta 1970, en ningún juego norteamericano se tuvo en cuenta la "contestación interior", que últimamente ha llegado a dominar las decisiones de Nixon. Además, como puede fácilmente verse, en el mundo actual es corriente tener que afrontar simultáneamente varias crisis o conflictos, todos ellos muy implicados entre sí. Por su magnitud no es posible juzgarlos y de hacerlo, resultarían unos juegos de locos.

Por último, las hipótesis, base de aquellos se formulan en función de las realidades del momento, debido a la enorme dificultad que existe para encontrar y hacer evolucionar tales hipótesis hacia los problemas de un mundo futuro que se desconoce y no es, por tanto, familiar. Por ello, en los juegos llevados a cabo durante la crisis de Berlín, ni jugadores ni árbitros pudieron imaginar y admitir como hipótesis que la Alemania del Este construiría posteriormente un muro que dividiera ambas zonas. Ello supuso terminar con el debilitamiento de la mano de obra, que se escapaba a través de calles y controles, comenzando a partir de allí su ascensión económica hasta convertirla actualmente en la séptima u octava potencia industrial mundial y significó también un imprevisto endurecimiento de la guerra fría, que hizo aumentar la tensión en Europa y los peligros sobre Berlín.

Como ejemplo de lo que afirmamos sobre las repercusiones y alcance a que pueden llegar todas esas prácticas de laboratorio, vamos a permitirnos exponer un caso, promovido en 1965 en Estados Unidos, en el que se intentaba fijar los factores más importantes a tener en cuenta en un conflicto limitado del tipo del de Vietnam.

Se pretendía conocer si los problemas de lucha antiinsurreccional podían reducirse a encontrar cierto número de las variables que más directamente influyen en esa clase de guerras.

Para ello se estudiaron veinte casos-tipo, llegándose a la conclusión de que existían varias variables fundamentales que afectaban directamente a las operaciones. Tales variables eran: La información, la movilidad aérea, destacando el valor creciente del H/C de ataque, la potencia de fuego, el papel de la infantería ligera y la lealtad de las poblaciones rurales.

Pero se vio que si el ordenador podía fácilmente tratar las cuatro primeras, de carácter material y cuantitativo, la quinta, o la lealtad, era difícil hacerla asimilable por la máquina. Para solventar semejante dificultad, se definió la lealtad de una población como el producto de numerosos factores que se evaluaron numéricamente, y los cuales eran: el grado de cohesión política, los antecedentes del jefe de la villa, la reacción popular ante actos terroristas del Vietcong, los porcentajes de poblaciones emigradas del norte y especialmente si eran católicas, la fidelidad anterior, etc. factores que, transformados en ecuación, dieron un índice de lealismo, que, como es lógico, dependía y era función en cada caso del peso específico dado a cada uno de ellos.

Extrapolando el "juego" al problema vietnamita, éste predijo — que el 67 por 100 de la población rural vivía en zonas seguras y, por esa — causa, leales al Sur. Basándose en ello, los americanos clasificaron al — Vietnam del Sur en regiones sometidas a tres categorías de control: las lea — les a Saigón, las leales al Vietcong y aquéllas en las que se desarrollaban los combates.

Pero la noción norteamericana de seguridad era solamente un — reflejo de la mentalidad occidental. Se suponía que el control estaba de un modo más o menos exclusivo en manos de uno de los contendientes. Más la situación precisa era bastante diferente. Un mapa auténticamente realista — habría presentado pocas zonas de jurisdicción exclusiva y la experiencia — del campesino que habitaba aquellos pueblos era la omnipresencia de ambos bandos.

Saigón controlaba buena parte del campo durante el día, pero, al llegar la noche el Vietcong se hacía dueño de la mayoría de la misma po — blación. Para los habitantes, la presencia de las fuerzas del Gobierno en la mañana y la tarde debía sopesarse frente a su ausencia al caer el sol, cuan — do las tropas del sur, pequeños destacamentos por lo común, se retiraban — invariablemente al distrito o capital de la provincia. No sabemos, a ciencia cierta, si las respuestas del juego fueron aplicadas en la guerra, pero lo — que si se ha podido comprobar es que nunca se llegó a contar con esa pobla — ción rural.

Estos son los antecedentes en que se funda la presente situa — ción, difícil y aun arriesgada de definir, porque, en el campo estratégico, las decisiones, que eran la misión esencial de los mandos militares, se han transferido a los elementos civiles, de un lado, según acabamos de ver, por la preponderancia del poder político, a consecuencia de la automatización — en el tratamiento de la información, y de otro, por la elaboración de las — doctrinas, de una forma, repetimos, asimismo automatizada, lo que ha pro — ducido una militarización de los elementos civiles, es decir, una forma de pensar militarmente por los responsables políticos.

La comprobación de todo esto reside en que, hasta 1945, las doctrinas estratégicas fueron elaboradas por militares, como Federico el Grande, Napoleón, Jomini, Clausewitz, Moltke, Mahan, Foch, Caxtex, — Douet, Seversky. etc. Pero si observamos bien, apreciaremos que, desde el antedicho año de 1945, el pensamiento estratégico diríase que es mono — polizado por profesores, cuya formación es exclusivamente intelectual o — universitaria.

En el caso de los Estados Unidos se condensa en manos de Kissinger, Bernard Brodie, Herman Khan, Robert A. Osgood, Strausz-Hupe, George Kennan, Albert J. Wohlstetter, Thomas C. Schelling o Klaus Krorr, en tanto que en Francia pese a que en España se estime que únicamente sobresalen los generales Gallois o Beaufre, quizá por haber sido aquí muy traducidos, sin embargo, después de conocer el pensamiento francés, nos atrevemos a decir que su principal doctrinario es el profesor Raymond Aron, y junto a él se destacan los profesores Leo Hamon, Claude Delmas, Camille Rougeron y Gaston Bouthoul. En cuanto a la escuela británica, y como sucesores del general Fuller y del veterano Lidell Hart, ilustres pensadores entre las dos guerras, aparecen hoy Alaister Buchan, Leonard Beaton y Michel Howard.

En cuanto a Rusia, se desconoce si existe la misma preponderancia y desorientación, pero es un hecho bien sintomático que la URSS sostenga en la década de los años setenta, como estrategia oficial, las teorías de Sokolosky, que no son otras que las de las represalias masivas americanas de los años cincuenta y abandonadas por creer que eran inaplicables en nuestros días. Por otra parte, con la nueva generación de mariscales, encabezados por Yakusosky, actual comandante en jefe de las fuerzas del Pacto de Varsovia y Zakharon, de universitarios como Yoganisyan o A. Nikonov, aparecen en la Unión Soviética nuevas tendencias que preconizan la posibilidad de guerras locales en la misma Europa, aunque de carácter nuclear.

Todo cuanto hemos visto levanta una serie de interrogantes entre los cuales lo esencial es destacar el hecho de que Occidente modifica continuamente sus concepciones estratégicas, no dando tiempo a establecer o adaptar el espíritu e incluso, los despliegues, cuando nace otra que trastueca o casi inutiliza a las anteriores, conduciendo a una desorientación que, como cada día vemos, repercute gravemente en las decisiones de la política exterior.

Unas y otras tendencias, del Este y del Oeste, son, a nuestro juicio, claros índices de la actual anarquía de ideas en que se vive, confirmada por el grave descrédito que en amplios círculos europeos rodea a la estrategia de la respuesta flexible, sobre la que se dice descansar la NATO en trance de verse ya sustituida por la de la respuesta realista, pues que, según afirmó De Gaulle, "para los europeos, la respuesta flexible no tiene en definitiva nada de respuesta" y a la que no acompaña el adecuado despliegue de las armas estratégicas que necesitaría la defensa de Europa.

Antes, la estrategia era una materia y hasta una filosofía muy seria y respetable, por lo que solamente se atrevían a tratarla personas con mentes claras de verdadera altura. Pero hoy, y acaso como una consecuencia más de la turbulencia en que el mundo vive en todos los campos, desde el intelectual hasta el social, biológico, etc., todos, a cualquier nivel en que se hallen, se consideran capacitados para dogmatizar o sencillamente hablar de un tema tan complejo, difícil y delicado, con lo que se ha terminado por vulgarizar y devaluar a la estrategia, siendo notable también lo — convencidos que están de sus altos conocimientos.

Para terminar, creemos poder decir que el inconveniente de manipular con demasiada rapidez las teologías estratégicas es que se hace demasiado concebible a lo inconcebible y, como dijo Mahan refiriéndose al — material, tan malo es ser demasiado precipitado en eliminar como lentos — en adoptar.

Sin embargo, pese a lo que pueda creerse, existe el curioso — contraste que ofrece el ejemplo de Israel, cuya doctrina militar, que a tan alto grado ha llevado la conducción de las guerras preventivas, es hoy estudiada en todas las escuelas de Estado Mayor mundiales. País además, que, según se esta demostrando, sabe enseñar a muchas potencias medias cómo debe maniobrase en una crisis sin perder jamás la iniciativa, dentro del — pequeño margen en que los supergrandes le dejan moverse, pudiendo estimarse igualmente que, según creemos, es el único país de innegable forma — ción occidental en donde el comandante en jefe de las fuerzas armadas está incrustado en el poder ejecutivo, con iguales prerrogativas de intervención y decisión que sus compañeros o miembros civiles.

Se argüirá que la naturaleza de los problemas israelíes son muy peculiares y distintos a los de la mayor parte de los países occidentales, pero no es en su naturaleza, sino en la forma de tratar y controlar los problemas castrenses, donde está el ejemplo para los demás.

Como resumen y conclusión, diremos también que en el futuro la tendencia actual ganará en extensión y potencia, debiendo prepararnos a vivir en un mundo sometido a continuas crisis e incertidumbres y, por lo mismo, a reforzar más la centralización de la decisión en los altos niveles de responsabilidad, condicionamiento que aumentará la supremacía de la tecnocracia, al tiempo que habrá tendencia a presionar, amenazar y usar — limitadamente de la fuerza en todos los campos.